



Educar al usuario: la mejor alternativa ante el fenómeno de la desinformación

Por **Luis Roberto Castrillón Cue**

En diciembre del 2006, la revista *Time* declaró al usuario de internet como “Persona del Año”, entre su larga tradición de reconocer a un personaje considerado por su consejo como elemento clave en un momento determinado de la historia contemporánea.

“Tú. Sí, tú. Tú controlas la era de la información. Bienvenido a tu mundo”, afirmaba la publicación, destacando el potencial que abría la web 2.0 a la participación de cualquier persona con acceso a la red en la producción de contenidos y, por ende, en la generación y distribución de información.

Tal posibilidad fue resultado del desarrollo e incremento en el acceso a sistemas sociotecnológicos y plataformas en la red que permitieron la desintermediación de los agentes generadores de conocimiento tradicionales (academia, instituciones públicas, medios informativos y de entretenimiento) y abrieron el entorno infocomunicacional al ciudadano común.

Lo anterior ha modificado la manera en la que los usuarios se informan, opinan y participan en el debate público, así como en los procesos para normar su criterio e intervenir en la toma de decisiones colectivas que inciden en la sociedad.

Si bien esta apertura enriqueció la discusión pública, también provocó su contaminación con flujos de desinformación creados por intereses o causas particulares, o derivados de la falta de



Ilustración digital: Alejandra Valdés

rigor o conocimiento específico y verificable para la generación de contenidos sobre diversos temas de interés general. El problema radica en la carencia de estándares formales de análisis, metodologías de investigación o protocolos mínimos de revisión, comprobación y demostración de las causas, consecuencias o estado de las cosas, hechos o fenómenos que se difunden y generan opiniones, mensajes y contenidos diversos.



La incidencia de este flujo desinformativo ha motivado estudios como los del Instituto Lucca de Italia, en el 2016 (Del Vicario *et al.*), o más recientemente, en el 2018, por el Instituto Tecnológico de Massachusetts (Vosoughi *et al.*). En el primero se analizó el comportamiento de usuarios de Facebook en la conformación de cajas de resonancia respecto a intereses comunes, filias y fobias, y cómo esa interacción definía su criterio sobre temas de interés público, principalmente los relacionados con política, ciencia y tecnología.

En el segundo se estudió la forma en la que la información falsa se disemina con mayor velocidad en Twitter que la real. Además, se encontró que una falacia se retuitea 70% más veces que un dato veraz.

Ambas investigaciones, así como la realizada en el 2013 por el Foro Económico Mundial, han encendido la alerta en esta segunda década del siglo XXI sobre el riesgo que representa la desinformación.

Ante ello, una reacción inmediata ha sido la revisión de marcos regulatorios en la operación de los medios sociodigitales y plataformas informales que, si bien podrían ser una herramienta para tener mayor control sobre los contenidos, también pueden convertirse en instrumentos de censura y obstáculos para la libertad de expresión. Frente a esto, se encuentra en proceso la alfabetización mediática, con el fin de educar a los ciudadanos en el análisis, la evaluación y el uso de todas las formas y medios de comunicación de manera razonada y desde una perspectiva crítica. Su meta es que los internautas, es decir, esta sociedad de la información, sean capaces de comprender que forman parte de una generación que enfrenta nuevas formas de comunicación, lo que falta es desarrollar modalidades innovadoras de lectura, escritura, estudio y creación de contenidos acordes a la demanda.

En ese sentido, la alfabetización mediática funciona como arma ante la desinformación y provoca que el ciudadano se haga cargo de su responsabilidad social al entender el impacto de su papel en la discusión pública, como lo señaló la revista *Time* hace casi dos décadas: que se asuma como quien “controla la información”, y sólo así será un participante activo que ayudará a generar un conocimiento útil y fundamentado. 

Referencias

- Del Vicario, Michela *et al.* (2016). “The spreading of misinformation online”, *US National Library of Medicine*. National Institutes of Health. <<https://www.ncbi.nlm.nih.gov/pmc/articles/PMC4725489/>>. [13 de junio del 2019].
- Vosoughi, Soroush, Sinan Aral y Deb Roy (2018). “The spread of true and false news online”, en *Science*. <<https://science.sciencemag.org/content/359/6380/1146>>. [13 de junio del 2019].
- World Economic Forum (2013). “Digital Wildfires in a Hyperconnected World”. <<http://reports.weforum.org/global-risks-2013/risk-case-1/digital-wildfires-in-a-hyperconnected-world/>>. [13 de junio del 2019].



Luis Roberto Castrillón Cue encabeza el proyecto de análisis y verificación de información en medios sociodigitales #ElEditordeLaSemana. Ha colaborado en diversos medios como *Animal Político*, *Letras Libres*, *IMER*, *Replicante*, *El Heraldo*, *El Universal*, *Etcétera*, entre otros. Es integrante del tour de medios “Libertad de expresión y alfabetización mediática”, auspiciado por el Centro de Prensa Extranjera de Estados Unidos, en el 2017. Fue docente en las universidades Modelo y Autónoma de Yucatán, y tallerista en la Universidad Nacional Autónoma de México.